

1-2004

## M. Pouget: la genialidad de la humildad

Jean Guitton

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana>



Part of the [Catholic Studies Commons](#), [Comparative Methodologies and Theories Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Liturgy and Worship Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

---

### Recommended Citation

Guitton, Jean (2004) "M. Pouget: la genialidad de la humildad," *Vincentiana*: Vol. 48: No. 1, Article 27.  
Available at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana/vol48/iss1/27>

This Article is brought to you for free and open access by the Vincentian Journals and Publications at Digital Commons@DePaul. It has been accepted for inclusion in Vincentiana by an authorized editor of Digital Commons@DePaul. For more information, please contact [digitalservices@depaul.edu](mailto:digitalservices@depaul.edu).

## M. Pouget: *la genialidad de la humildad*

por Jean Guitton \*  
*Academia Francesa*

París, 3 de julio de 1995 \*\*

En mi larga existencia (nacé en 1901) me he encontrado con personas admirables, pertenecientes a todos los órdenes de grandeza. Pero jamás he conocido seres semejantes a M. Pouget. Había en él una diferencia excesiva, casi escandalosa, entre la apariencia y la realidad. ¿Quién era M. Pouget? En apariencia, un anciano que terminaba su vida, que había sido apartado en tiempo del modernismo, y que acababa de desaparecer. He ahí la apariencia. Y, en realidad, ¿qué había en él? Desde mi punto de vista, había en él casi todo.

En su investigación estaba preocupado por demostrar que la Revelación no está jamás en contradicción con el buen sentido y la razón. Según lo cual, el problema de la fe estaba bien planteado: porque, cualesquiera que sean las razones, la fe no puede ser una deducción. *En efecto* — decía él — *la razón puede únicamente indicar los motivos suficientes para creer*. Sabía que hay que dejar su lugar a la gracia, apreciando bien la libertad y el esfuerzo sincero del hombre. Así es como la Revelación se ofrecía a la inteligencia con una transparencia que atraía sin forzar. De esa manera conducía el problema religioso a su exacta dimensión: al punto donde el hombre se sitúa ante Dios que se revela y compromete su respuesta en la libertad.

La reflexión teológica, en Pouget, alcanzaba una dimensión mística. Pero una mística concreta y sencilla, con un centro: Cristo. Cuando, en lo secreto de mi alma pienso en M. Pouget, encuentro en él una genialidad: la genialidad de la humildad. En todo lo que

---

\* Filósofo francés (1901-1999), autor de obras consagradas al pensamiento católico.

\*\* Este breve artículo corresponde al prefacio del libro de E. Antonello, C.M.: *Guillaume Pouget (1847-1933), testimone del rinnovamento teologico all'inizio del secolo XX*, Tesis, Edizioni Glossa Srl, Milán, 1995, 287 p.

aprendí de él, empleaba las palabras más ordinarias, las más sencillas para dar a conocer lo que hay de esencial. En sus palabras se infiltraba la verdad misma, el sentido definitivo de la vida: “Tengo setenta y ocho años — me decía — yo bogo a velas desplegadas hacia mi eternidad. Y bien, para mí, sólo es Cristo quien cuenta. Todo me conduce a Él. Si no hubiera Cristo, ¿qué haríamos nosotros?”

Entonces, desde este punto de vista, la crítica es bien poca cosa. Nosotros tenemos vínculos con el mundo invisible, dependemos de Dios, mucho más que no le sentimos, por las últimas fibras de nuestro ser. Tras los mínimos aspectos — me decía él también — tome la costumbre, usted que es joven, de ver siempre a Cristo inmortal y a todos los que aquí abajo siguen con todas sus fuerzas, en la humildad y la paciencia, al divino Crucificado.

El gran día de la eternidad es un horizonte tan vasto que nada cuenta ante él. Esperando, trato de trabajar por hacer vivir a las almas de una manera razonable. La vida es sencilla. Basta con tener la intención de cumplir el propio deber, y el bien que hacéis os vale para siempre.

Yo, que no soy un místico, a fuerza de estudiar vendré a serlo un poco. Yo no soy retenido por la tierra: ¡los bellos paisajes, todas las escenas que no puedo ver, es algo que no me llena como las Tres Personas: cuando pienso que el Padre, el Hijo y el Espíritu se ocupan de mí! Ved cómo en la vida de Cristo todo está orientado hacia su Padre. Nosotros los cristianos somos un *tertium genus*: para nosotros, las cosas de la tierra son poca cosa; el más-allá lo es todo”. El secreto de M. Pouget se mantiene en este horizonte de fe sobrenatural hacia el que está vuelta su ceguera luminosa.

Entre los testimonios sobre M. Pouget, su lugar en la historia contemporánea, el más notable es éste. Su autor es un “espíritu crítico”, un no creyente. Escribe, en 1942, a propósito del “Portrait de M. Pouget”: *Es este libro religioso, el más notable que yo sepa después de más de un siglo. El talento del grabador (él no pinta) es casi digno del modelo. Que no haya conocido a M. Pouget: por sí solo, es la Contra-Reforma. Ayer aún yo no sabía su nombre. Él es todo lo que el católico puede tener de ciencia y de exégesis, todo lo que puede poner de razón al servicio de la fe. Él pone hasta demasiado, como sucede en parecido caso. En un solo hombre, reunido con sus textos, M. Pouget es un Concilio, y nominalmente el Concilio de Trento del siglo XX, que arma la Iglesia de 1920 en el cuerpo a cuerpo con la ciencia, como el de 1550 la armaba contra la crítica del Renacimiento.*

(Traducción: VÍCTOR LANDERAS, C.M.)